



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

El nuevo Don Juan.

SUMARIO

TEXTO
DE TODO UN POCO
FOR
<i>Luis Taboada</i>
BOCETOS MILITARES
LA CANTINA
FOR
<i>Ricardo Monasterio</i>
LA MIEDITIS DE DON JUDAS
FOR
<i>Juan Pérez Zúñiga</i>
LA LOCURA DE AMOR...
FOR
<i>José Estremera</i>
DON URBANO
FOR
<i>Clarín</i>
LEY NATURAL
FOR
<i>Sinesio Delgado</i>
¡MALDITO TRAJE!
FOR
<i>Emilio Cortiguera Oloran</i>
CHISMES Y CUENTOS
CORRESPONDENCIA PARTICULAR
ANUNCIOS
GRABADOS
EL NUEVO DON JUAN
FOR
<i>Cilla</i>
LA MIEDITIS DE DON JUDAS
(dos viñetas)
FOR
<i>Mecachis</i>
DUÉRMETE Y VERÁS
(cuatro viñetas)
FOR
<i>Cilla</i>
DON URBANO
(cuatro viñetas)
FOR
<i>Mecachis</i>
LOS PÍCAROS HOMBRES
(dos viñetas)
FOR
<i>Cilla</i>



De la preñera bravía
á la que sirve la horchata,
no ha habido mujer barata
que no logre mi osadía.
Terror y déspota fui
del garito y el café,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.

DE TODO UN POCO.

«En la casa de socorro ha ingresado una mujer que carecía de la licencia necesaria exigida por el ayuntamiento a las vendedoras públicas, y recibió varios palos de un municipal que le fracturaron una costilla.»

Este suelto, que copio de un diario serio, me hace creer que las cosas del municipio empeoran de día en día. Ya no se contenta el ayuntamiento con administrar nuestros intereses de una manera desdichada, sino que además nos pega.

Por ahora son los guardias municipales los que rompen costillas; mañana las romperá el alcalde en persona, y así sucesivamente; porque está visto que poco á poco nos irán pegando todos los que ejercen autoridad en este país encantador y fecundo, donde ya nacen los niños con garrote de mando.

—Marigueta, ¿hay árnica en casa?—diremos al salir á paseo.

—No.

—Pues que vayan por ella.

—¿Te has dado algún golpe?

—No; pero han nombrado un nuevo inspector de pollos urbanos para este distrito, y es posible que quiera empezar á repartir palos desde hoy. Ya sabes que es costumbre.

Ahora ya no se pregunta á los que pretenden puestos en la policía si saben leer y escribir. El interrogatorio se hace en estos términos:

—¿Qué tal? ¿Pega usted bien?

—Regular.

—Es preciso que se suelte usted en el manejo del garrote.

—Pierda usted cuidado. En mis largas horas de cesantía me he dedicado á maltratar á mi mujer para irme acostumbrando.

Ha de llegar día en que vendrá hacia nosotros, con el palo levantado, un municipal cualquiera, y le diremos con la mayor consideración:

—¿Le es á usted lo mismo pagarme dentro de un rato? Ahora llevó prisa y no me puedo detener.

La verdad es que no gana uno para árnica desde que se establecieron los garrotazos municipales, y va á haber que usar ropa apropiada, á cuyo efecto diremos al sastrero:

—Hágame usted un gabán duro, todo lo duro que sea posible, á fin de que no me duelan los palos municipales.

Después de todo, los vecinos de Madrid estamos acostumbrados á padecer, y una desgracia más ó menos no ha de preocuparnos seriamente.

Al que vive de pupilo y sabe lo que son garbanzos duros y albondiguillas de casa de huéspedes, no han de impresionarle mucho los palos de la autoridad. Al padre de familia que tiene una hija aficionada al piano y sufre desde la mañana á la noche el sonsonete, maldito lo que ha de importarle que le sacudan el polvo los del ayuntamiento.

Los que como yo llevan viviendo en Madrid muchos años y aguantan la tiranía del casero y la de un vecino que toca el acordeón, y tienen que soportar la carne frita de las cocineras baratas, ya pueden salir por ahí á que les deslomen nuestras autoridades siempre que gusten.

No hay desdicha comparable á la que experimenta todo el año el cabeza de familia de pocos recursos. De modo que, por fuertes que sean los garrotazos de los guardias municipales, mucho más fuertes son los que recibe todos los días por la mano invisible de la Providencia.

Quizás cuando estas líneas vean la luz esté ya resuelta la gravísima cuestión ministerial; pero hoy escribimos bajo la penosa impresión de una crisis que tiende á destruir la dulce unidad que reinaba en el seno del partido gobernante.

Parece que no, pero estas cosas afectan por igual á todos los ciudadanos, porque la política está íntimamente relacionada con los intereses del vecindario, y hay hombre que no se mete en la cama sin pedir á Dios que proteja la preciosa vida de los ministros y nos libre de conocer caras nuevas.

—¿Tan buenos son los que ahora gobiernan?—pregunta la esposa del suplicante.

—No, hija mía; pero sabe Dios lo que podrá venir después de

esto. Vale más lo Gamazo conocido que lo González por conocer. Aparte esta reflexión juiciosa, hay una porción de seres que se preocupan de los cambios ministeriales y hablan de los ministros como si los hubieran llevado en su seno.

—¡Caramba!—dicen.—¿Qué disgusto estará pasando el señor de Pérez! Lo siento como cosa propia.

—¿Es amigo de usted?

—No, señor; pero me hago cargo de lo que debe sufrir un hombre cuando presenta la dimisión. ¡Haber pasado tantos meses siendo ministro de la Corona, con sombrero apuntado y espada, y agua con azucarillo á todo pasto, y verse de pronto en la calle!...

—¿Y la posición política que ha adquirido?

—¡Fíase usted de eso. Yo conozco á uno que fué director general con los conservadores y ahora anda por ahí pisando con el contrafuerte y pidiendo prestadas dos pesetas á todo el mundo, con el pretexto de que tiene que sacarse una muela.

Las dimisiones de los ministros causan siempre impresión penosa; en cambio sale á luz un nombramiento, y la dicha se refleja en muchos hogares. Cuando nombraron ministro á D. Robustiano, me decía una señora viuda que vive en el principal de la derecha, en compañía de una hija:

—En ese mismo sofá donde se sienta usted se sentaba Robustiano, el que ahora es ministro responsable. ¡Cuánto nos quería! Entre ésta y yo le tejimos un chaquet de lana dulce para el luto de su cuñada, y cuando salió diputado por primera vez tuvimos que escharle unos cuchillos al pantalón, para que pudiera jurar el cargo ante los santos evangelios.

Luis Escobedo.

Bocetos militares.

LA CANTINA

Se oye el toque de retreta que toca entera la banda, y la voz de ¡Rompan filas! es al toque simultánea. Se atropellan los soldados en estruendosa algazara, bajando en pocos segundos al patio desde las cuadras, ansiosos de hallar un sitio en la reducida estancia de la típica cantina, en un cuartel necesaria. Un mostrador, no muy limpio, divide, limita y marca de la tienda las dos partes por el uso señaladas. La parte interior la ocupan una sucesión de tablas para la anaquelera en la pared adosadas, y que en desorden contienen botellas, chorizos, cajas de betún, papel rayado, sobres, aceitunas, latas de pimientos y sardinas, jabones, tinteros de asta, guindillas, huevos, botones, hilos, jamón y mojama. Los vapores del aceite y el tufllo de la grasa que salen por una puerta algo estrecha y no muy alta, claro dicen que por ella á la cocina se pasa. En la tienda, el cantinero (que es maestro de la banda) expende lo que le pidan, cobra de los que le pagan, y á los que no, les apunta en un cuaderno de rayas, si son gentes de dinero y suelen tener *libranzas*, que de otro modo no fía ni una perra de mojama. Ya está la cantina llena, ya han templado una guitarra y sale por peteneras el cantor de más fama entre ¡*¡ala! viva tu mare!*

bravos, *uyuyái* y palmas. La esposa del cantinero, mujer frescachona y guapa, que trae y lleva los platos de bacalao y ensaladas, al escuchar los finales dice ¡*Jesús!* y se marcha tapándose los oídos, ó haciendo que se los tapa. Alrededor de las mesas que puede tener la estancia, varios soldados se entregan al placer de las barajas, pegajosas por lo sucias, huecas por lo abarquilladas y, por sus muchas señales, dispuestas para las trampas; y al tute, al mes ó á la brisca se juegan unas tajadas de trucha rebosado y las copas necesarias. El humo de los cigarros, el polvo que se levanta con los compases y golpes que siguen á la guitarra, los vapores del jaleo y el tufllo de la grasa envuelven aquella turba alegre y abigarrada en una atmósfera espesa é irrespirable y opaca. De pronto se oye en el patio una nota prolongada que demuestra los alientos del corneta de la guardia. Se ponen todos de pie, enmudece la guitarra, se suspenden las partidas arrojando las barajas, y salen todos al patio dirigiéndose á las cuadras. Y viéndose el cantinero solo ya, arregla la estancia, quita luz, cierra la puerta, guarda el cuaderno de rayas, cuenta bien todos los *perros*, calculando las ganancias, y frotándose las manos se mete alegre en la cama.

Ricardo Monasterio.

La meditación de don Judas.

Así hablaban ayer noche
mi amiga doña Milagros
y el cobardón de su esposo,
don Judas Canguelo y Blanco,
burgueses del propio Burgos,
que ocupan un piso bajo
con entresuelo en la calle
del Candil, número cuatro.

—¡Hija, qué horrores nos cuentan
El Imparcial y *El Heraldo!*
Si siguen así las cosas,
no sé lo que va á pasarnos.

—¡Ay, Judas! Hace unos días
estás más patibulario...
—Mujer, es que el anarquismo...
—¡Qué anarquismo, ni qué diablos!
—Desengñate, querida,
ya está el melón empezado.

Los que en Barcelona urdieron
la matanza en el teatro,
traen cola, y el mejor día
vienen á Madrid pegando.
—Si traen cola, quizás peguen.
Pero no te dé cuidado
que á nosotros no nos matan.

—Vive alerta, por si acaso.
¿No ves cómo algunas noches
entran dos hombres extraños
en la taberna?
—Son novios
de las muchachas de al lado.

—¿Y no juraba el más grueso
anoche, medio borracho,
que iba á hacer albondiguillas
con sangre de cortesanos
y tuétano de arzobispos
y lomo de propietarios?
—¡Y qué! Vigil, el portero,
¿no es miembro del cuerpo humano
de vigilancia? ¿Y no has visto
que pasa el día observándolos?
Si Vigil no los vigila,
no sé quién va á vigilarlos.
—¡Mira que si se enterasen
de todo lo que guardamos
de valor!... Por si hay saqueo,
ya puedes meter debajo
de un baldosín los tres duros
que tenemos y los aros
y los botones de nácar
y el vestido jaspeado



y el de color de ama seca
y el reloj de metal blanco.
—Después, que hagan de nosotros
lo que gusten.

—¡Ni pensario!
¡Qué pena si nos matasen
ó si nos cortasen algo!
—Eso sí, querido Judas,
pues te juro por San Pablo
que prefiero verte muerto
á verte descabalado.
Mas desecha esos temores
y haz lo que yo: no hacer caso.
¿Sabes lo que ayer decían
en la tienda de Venancio?
Que cuando llegue el saqueo,
la degollina y los varios
festejos que nos preparan,
ni dejarán bicho sano,
ni casa pobre ni rica
sin registrar.

—¡Ay, Milagros,
qué miedo!

—En fin, solamente
van á respetar los cuartos
desalquilados.

—Entonces
ya sé qué hacer.

—¿Qué?
—Mudarnos
un mes antes con los muebles
á un piso desalquilado.
—Bueno, deja esas tontunas,
y ponte el hongo y el saco
y vámonos á la calle,
que esto está muy *caifecto*
con el chonberski hecho un ascua,
y el calor te pone malo.
Por cierto que á mí me chocan
tus miedos, cuando este cuarto
siempre está más anarquista
que Pallás.

—¿Por qué, Milagros?
—Pues... porque está *echando bombas*.
—Tienes razón.

—¿Vamos?
—Vamos.

Juan Pérez Súniga.



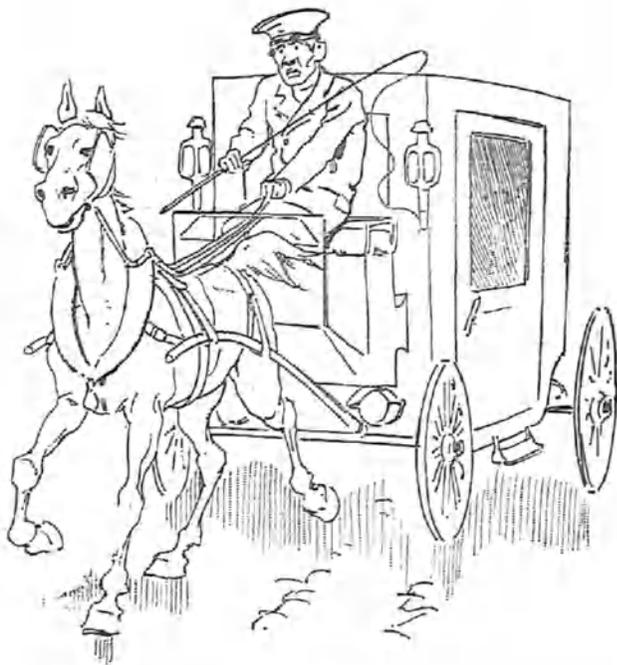
Duérmete y verás.



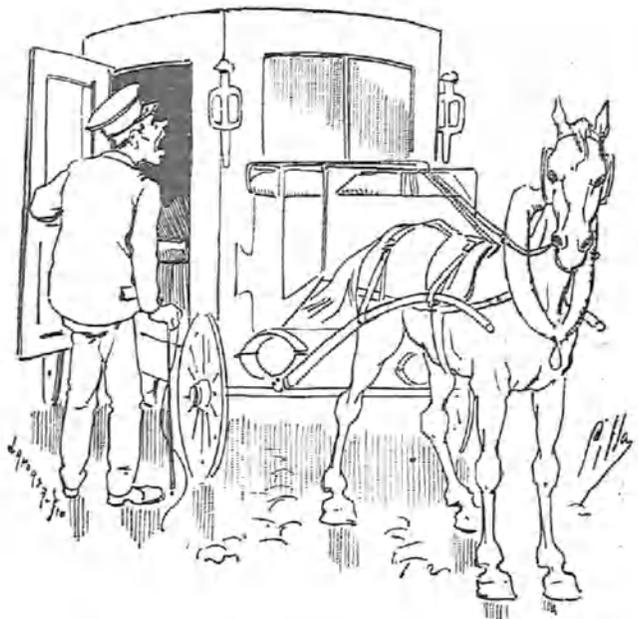
—¡Cocherol... Despierta, hombre. ¡Á la Guindalera!



—(Ya está dentro. He oído el golpe de la portezuela.) ¡Arre!



—No dirá el señorito que no vamos de prisa. La propina va á ser de órdago.



— Señorito, que ya estamos... ¡No hay nadie! ¡Ah, ladrón! ¡Así reviente mañana temprano!

LA LOCURA DE AMOR...

I

—¿Qué te pasa, hijo mío, que siempre vienes á mi lado lloroso? ¿Qué es lo que tienes?
¿Te falta ya el cariño de tu Rosario?
¿Acaso quiere á otro?

—Muy al contrario.
Soy el único dueño de su alma pura;
cada día me quiere con más ternura
y que hallara á su lado la suerte quiso
las delicias más grandes del paraíso.
Pero ¡ay! madre del alma, tanto la quiero
que, como en ella vivo, sin ella muero.
Con ella soy dichoso; pero en la ausencia
me matan los deseos y la impaciencia.
¿De qué sirve ser dueño de sus amores
y de qué sus cariños encantadores
si tengo ahogadas
mis alegrías
porque no puedo verla
todos los días?

II

—Esos amores, hijo, van á perderte.
—Sí, madre; ellos al cabo serán mi muerte.
—Díme qué te sucede y en qué consiste
que estás de día en día mucho más triste.
La madre de Rosario tiempo ha me dijo
que te mimaba y te quiere como á su hijo,
y te ha abierto sus puertas y ve gustosa
que muy pronto la chica será tu esposa.
—Usted no sabe, madre, lo que ha pasado
y por qué estoy furioso, desesperado.
Yo jamás la he querido como hoy la quiero;
ella también rendida me adora, pero...

—¿Qué ocurre? ¡Acaba!

—Nada, manitas;
¡quiere que vaya á verla
todos los días!

José Estremera.



da, los azotes, las disciplinas. Esto, elevado á institución religiosa, es el cilicio, la cuerda del mendicante. Si de estas regiones místicas descendemos á los intereses materiales, tenemos que sin cuerda no habría ciudades ni propiedad rústica bien desahogada; porque con la cuerda de la plomada

construimos los sólidos edificios, para que obedezcan á las leyes arquitectónicas y den á la vertical lo que es suyo; con las cuerdas determinamos las rasantes de las calles, alineamos las arboledas municipales, lugares de recreo, trazamos los caminos á través de la tierra, y, por último, medimos las heredas y las distinguimos y separamos con sus linderos correspondientes, en digno tributo á la divinidad del dios *Terninus*. Por eso, señores, lejos de quejarse, deben ustedes dar gracias á Dios, que crió el cáñamo, cuando yo les sto la mano á la pluma ó les ato ambas manos á la espalda para corregir sus desafueros y enseñarles, por el sistema preventivo, lo que es la pena del galeote y del presidiario que va á purgar su delito atado codo con codo; y como la educación debe ser integral, y ustedes deben ir creándose hábitos para toda clase de finalidad racional, como cabe en lo racional que algunos de ustedes acaban en un presidio, bueno es que sepan de todo y aprendan por experiencia propia cómo las gasta la vindicta pública para reprimir los excesos de la libertad en los ciudadanos.

Porque sí, señores míos; á propio intento, y como manda la retórica, he dejado lo de más efecto para lo último en esta apología de la cuerda; la forma sublime de la cuerda es la cuerda de presidiarios, porque ésta es la que sirve para garantía del orden, para sujetar el mal y dejar libre el bien; y aun si quisiera remontarme más á la suprema expresión de la cuerda simbólica, representaría ante la pasmada fantasía de ustedes la imagen de una boca, en la que el papel principal lo represente una cuerda; una cuerda con un nudo, siquiera sea corredizo; para demostrar que al que huyó del lazo, del vínculo social, este lazo, este nudo se le aprieta al cuello. Y D. Urbano enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo de hierbas.

Pero ¡ay! fueron en vano sus discursos. Los párvulos no le comprendían. Cambió de escuela; trató de enderezar á mocosos más talladitos, y peor.—¡Peor, gritaba él: la cera está fría, ya no es cera, es hierro; y esto es machacar en hierro frío!—No había remedio; la humanidad se torcía; no había rodrigones que bastaran; todo el reparto y todo el cáñamo del mundo no eran suficientes para guiar por el buen camino ni la letra ni el espíritu de la infancia. El corazón del niño, como los perfiles de su pluma, iban de mal en peor.

Fué inútil que D. Urbano inventase varias máquinas de madera y cuerda, todas *mecánico-intuitivas*, como las llamaba él, para corregir los defectos de la humanidad pueril. Los chicos seguían siendo el diablo.

Por fin, cansado de luchar, dejó la enseñanza y procuró conquistar una plaza de delineante al lado del arquitecto municipal.

Ya que los hombres no se dejaban alinear, alinearía casas. ¡Oh, la santa simetría! Su biblia, en adelante, fueron las *ordenanzas municipales*, que tan sabias disposiciones contenían para impedir las demasies arquitectónicas de los vecinos.

D. Urbano se convirtió en un verdadero familiar de aquella Inquisición de policía urbana. Era un espía del alcalde y le denunciaba los abusos de la vecindad que abría una puerta á la calle, ensanchaba un hueco ó cambiaba la disposición de una tapia.

Acudía á las sesiones del ayuntamiento, ávido siempre de denunciar abusos de este género á los concejales celosos.

Lo que más le preocupaba eran los áticos y las rasantes. «¡Que Fulano Gómez ha sacado un ático sobre el segundo piso! ¡Fuego en él! ¡Embargo! ¡Que Zutano Pérez no sigue la rasante de la calle Tal en su casa nueva! ¡Malta y embargo!»

La gente empezó á murmurar. Todos decían:

—Pero ¡qué mala intención tiene el maestro de párvulos! ¿Qué le importará á él que una casa sea más alta que otra, ó que avance más ó menos hacia el arroyo?

¡Mala intención! No, señor; era amor de la medida, del orden, de la plomada y del nivel, de la simetría, de la línea recta. Y no cejaba en su empeño.

Si en el ayuntamiento no le hacían caso, se iba á los periódicos y procuraba deslizar una gaceta que se titulaba, por ejemplo (con letras gordas):

¡Alinear por la derecha!

Era gran amigo de la expropiación forzosa, y con tal de evitar un martillo (su pesadilla) en la vía pública, hubiera derribado la casa paterna, aunque tuviese que pasar por el ombligo de cualquiera de sus mayores. Línea recta y caiga el que caiga. Era un anarquista de la rasante. [La *rrrasante!* como él decía con énfasis nivelador.

Pero también tuvo que renunciar á la policía urbana, á la belleza del orden municipal de los edificios; calles, casas con ático, rasantes y demás ensueños se convirtieron en desengaños; la intriga, el favor, el caciquismo pudieron más que él; sólo consiguió perder el destino. Los amigos del alcalde, ya se veía, podían construir en mitad del arroyo, y levantar las siete colinas de Roma sobre la rasante de la calle. Las *ordenanzas* eran un papel mojado. No podía haber calles derechas. Le pasaba á la ciudad lo que al ciudadano, se torcía por naturaleza.

Ni los hombres ni las casas se sujetaban al orden, á la rectitud. Sus ilusiones se refugieron en el arbolado. Prefería los plantíos nuevos: de los árboles *seculares* que mandaban respetar los gaceti-lleros se refa él. Los árboles viejos solían ser irregulares, retorcidos, llenos de nudos y verrugas; ¡claro! habían crecido sin rodrigones, sin orden,

y árbol que crece torcido

tarde en tronco endereza...

¡abajo los árboles *seculares!* y nada de sensiblería... Alamedas nuevas, y vamos andando. Calles de chopos muy derechos en filas muy derechas... eso es el progreso, esa es la hermosura... Pero los árboles nuevos se secaban, se morían; ó no se plantaban siquiera y sólo aparecían en las cuentas municipales. [La comisión de arbolado se comía en dinero los ejemplares más ricos en esperanzas!

D. Urbano abandonó la ciudad á su destino de corrupción, de libertinaje y desorden. Madrugaba mucho y salía al campo y no volvía hasta á la noche. ¿Qué hacía? En la estación correspondiente se extasiaba viendo á las juntas abrir la tierra con el brillante colmillo del arado. Aquellas líneas rectas que los pacienzudos bueyes iban trazando en la madre tierra, como quien borda, le encantaban. El instinto lo guiaba; porque el arador era más buey que ellos, en concepto de D. Urbano, que aborrecía ya á la humanidad. Si á veces el surco se desviaba un poco de la marcha conveniente, D. Urbano gritaba en tono de jovial represión:

¡Ay, ay, qué surco tan torcido ha hecho!

y no se sabe si este verso del fabulista lo aplicaba al labrador ó á la junta.

Con esta costumbre de salir tan temprano á la aldea y no volver hasta la noche, fué adquiriendo aspecto montañés; no se afeitaba ni cortaba el pelo. Un día se lo advirtió un rapabarbas de las afueras.

—Pero D. Urbano! ¿Usted no tiene espejo en casa?

—¿Por qué lo dices?

—Porque esa cabeza necesita una buena poda.

D. Urbano sintió vergüenza. [*Nasce te ipsum!* pensó, mientras se miraba en aquel espejo que le presentó el barbero.



¡Él, que tanto aborrecía el desorden, el crecimiento sin medida ni simetría, tenía la cara y la cabeza como una selva virgen!

Desde aquel día dió una importancia excepcional al arte de la peluquería, y empezó á reconciliarse con la humanidad barbuda.

Notó que había muchos hombres que acudían con sistemática frecuencia á que les hicieran la barba y les cortaran el pelo.

Todas aquellas almas torcidas, que habían rechazado la cuerda y el rodrigón para el propio crecimiento, se sometían humildes á las tijeras y á la navaja niveladoras del peluquero.

Desde entonces D. Urbano, menos adusto y siempre muy afeitado, frecuentó las peluquerías más acreditadas.

Y se pasa hoy las horas muertas viendo á los maestros y á los oficiales servir á los parroquianos, y sigue con atención casi mística el subir y bajar de las tijeras por el cuero cabelludo del prójimo.

Y su mayor delicia es poder decirle á cualquiera que *se ha servido*, mientras éste se sacude los pelos que le pican, decirle sonriendo...

—Está usted perfectamente... No le han dejado ninguna escalera.

Clarín.

Ley natural.

Las siervas de María,
bajan del coro,
donde han lucido todas
sus picos de oro,
y ante el altar repiten
la letanía
ensalzando á la santa
virgen María.
Cumplido este devoto
deber sencillo,
se despiden del cura
y el monaguillo
y, una por una, luego
van por la calle
pisando menudito,
luciendo el talle

y ensayando sonrisas
encantadoras
con los que las esperan
á tales horas...
¡Qué horror! ¡Las inocentes
castas doncellas
dejando que los hombres
sigan sus huellas,
y les echen requiebros
que las subleven
y hasta animando á algunos
que no se atreven!
¡De las pompas mundanas
haciendo caso,
y aspirando el delito
que surge al paso,

las siervas de la santa
virgen María!

Si lo supiera el cura

¿qué les diría?

Les diría, de fijo,

que en el infierno

les esperaba á todas

dolor eterno

como castigo justo

de sus traiciones

al cambiar en piropos

las oraciones.

—

Pues ¿y las madres? Esas,

incomodadas

por ver que iban saliendo

tan descocadas,

á cada cual dirían:

—¡Tú no eres buena,

pues vas á buscar novios
á la novena.

.....

Pero, en cambio, la santa

virgen María

perdona esa inocente

coquetería

porque, si á sus devotas

siervas actuales

les prohíbe que tengan

novios formales,

si mueren sin mancilla,

puras y honestas..

no serán siervas tuyas

las hijas de éstas,

porque en cuanto se apague

de amor la lumbre,

¡se acabó, con el mundo,

la servidumbre!

Sinesio Delgado.

¡Maldito traje!

Si roban los que visten con chaqueta
y roban los que visten con levita,
y roba quien no tiene una peseta
y hasta roba quien nada necesita,
¿A qué varón honrado no le inquieta
y no le desespera y no le irrita
llevar la misma ropa en su maleta
que el que se nutre con ajena *guita*?
¡Maldito sea el traje de esas gentes,
que al traje mío se parece en todo!
Yo soy un hombre de los más decentes,
y siempre que me visto me incomodo,
pues me pongo cien trajes diferentes...
¡y parezco un ladrón de cualquier modo!

Emilio Cortiguera Clarín.

LOS PÍCAROS HOMBRES.



Antes de lograr el objeto.



Después de logrado el objeto.

CHISMES Y CUENTOS.

—¿A quién quieres más, Lili,
á tu madre ó á don Blas?
—Á mi madre, porque á mí
mi mamá me mimó más.

J. P. Z.

Casi ha sido una desgracia que haya dado tan poco juego lo de la embejada.

Porque con esto y con estar cerradas las Cortes, no hay con qué llenar os periódicos grandes, y hemos tenido que volver á echar mano de los crímenes.

Lo cual es una lástima.

Porque van á pensar las naciones extranjeras que aquí no hacemos otra cosa que metarnos los unos á los otros.

Una pulsera y un novio
perdió en el baile Teresa,
y al salir iba diciendo:
—¡Que lástima de pulsera!

Si antes que al sol á mi niña
hubiera creado Dios,
de fijo igual á sus ojos
hubiera hecho luego el sol.

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.

Actualidades.—Con una magnífica cubierta de Cusachs se ha puesto á la venta el segundo volumen correspondiente al segundo semestre de 1893 de esta importantísima revista. Forma un elegante tomo de más de trescientas páginas, papel superior, con infinidad de preciosos grabados y artículos y poesías de los principales literatos, reseñando los acontecimientos más notables ocurridos en aquel período de tiempo. Cuesta 4 pesetas, y tendrá, como el primer volumen, un éxito asombroso, porque la publicación es de verdadero interés y mérito.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. de C.—Versificada con soltura. ¡Lástima que el asunto sea una vulgaridad muy grande!

Yep.—Digo á usted exactamente lo mismo.

Cañamón.—Es demasiado viejo y demasiado conocido el cuentecillo.

Chorizo extremeño.—¿Sabe usted lo que parece eso? Un cantable para una habanera sentimental, como hay más de quinientas.

Sr. D. E. de L.—¡Ay! tienen una contra los cantares, que á lo mejor resultan muy vulgares.

El señorito Luis.—Las ideas de esas humoradas son graciosas generalmente, pero no las acompaña la forma como es debido.

El sobrino del cura.—Casi todos los versos son forzados, como si fueran á galeras. Y de la composición se desprende una filosofía trasnochada ¡que ya, ya!

Pelao.—Tiene poca gracia y no está bien aplicado el estilo. En lo de *ahueque el ala* hubiera yo conocido de dónde venían los versos. Sólo que no se escribe *ahueque*, como usted se figura.

Rodajas.—Tampoco puedo aprovechar nada.

P. M.—«La reina

y el rey,

el bucy,

la boca,

la Pepa

y la Paca,

tienen que morir.

¡Qué engaño es la vida!

¡Cuál triste es morir!»

Todo lo cual es una verdad como un templo... que no necesita comentarios.

Perfecto.—Sí; el defecto que tiene la composición, y que supongo tendría el artículo, es la venerable ancianidad del asunto.

Cangrejo.—No me parecen publicables, porque son como todos los cantares que ha hecho todo el mundo.

Factor.—Las composiciones festivas que empiezan haciendo el amor á una mujer y acaban en unos estacazos del marido ó del padre... están mandadas retirar desde el año setenta. Y no versifica usted mal del todo.

Sr. D. L. V. P.—Ese género de trabajos no es de la índole del periódico.

Sacra.—Medianilla es, porque Dios quiere. Y de las que acaban en *suegra* digo lo mismo que de las que acaban en paliza.

Rosón.—Pues no digo nada de los que se van al servicio y á la vuelta averiguan que se les ha casado la novia! Es otro asuntito que ha hecho gemir á las prensas durante muchos años.

Leonam.—Tampoco sirve ningún cantar de esos.

Sr. D. M. C.—¡Ay, ni ése!

Sr. D. M. A.—¡Oh pena! ese tampoco.

Sr. D. F. L.—Lo siento, pero esta vez no ha acertado el refrán, porque á la tercera no ha ido la vencida...

Sr. D. G. A.—Tendrán punta, pero no se ve tan fácilmente. Además, aquí no pegan esas cosas de Sagasta y de Martínez Campos.

Mefistófeles.—La idea es vieja; los versos no son todos muy correctos que digamos.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

HIGIENE DE LA CABEZA

Agua de Quina Palomar.

El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstituyente del cabello y el único remedio que conserva perfectamente limpia y perfumada la cabeza sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación es tan pura y excelente que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de

hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

Fascos desde 1 peseta á 6 pesetas.

Puntos de venta: Fuencarral, 27, principal derecha.

Perfumería.

Por mayor: MELCHOR GARCIA, Capellanes, 1 duplicado.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 úp.ª
Teléfono 524.